

**«LA MARGARITA POETICA DE ALBRECHT VON EYB:
UNA EXITOSA MISCELÁNEA OLVIDADA»**

Teresa Jiménez Calvente
Universidad de Alcalá

Para Ángel

1. Presentación y dedicatoria de la *Margarita poetica*: *Abertus de Eiiib Ioanni episcopo Monasteriensi praesens dedicat opus.*

Albertus de Eiiib, utriusque doctor sanctissimi domini nostri Pii pape II cubicularius, Bambergensis et Eiiistitensis ecclesiarum canonicus, reverendissimo in Christo patri et domino, domino Iohanii dei gratia episcopo Monasteriensi, comiti palatino Rheni ac Bavariae duci illustrissimo s.p.d. et praesens dedicat opus.

Optasti saepenumero, reverende pater ac princeps illustrissime, heroicarum cultor virtutum, ut siquando mihi adesset ocium nonnullas artis rhetoricae praeceptiones, diversas clausularum variationes ac plurimas tam oratorum quam poetarum ac historicorum auctoritates diversis in voluminibus sparsas et vage disiectas, dictu quidem et memoratu dignissimas, quae ad ornatam, concinnam, splendidam et resonantem orationem ac ad bene beateque vivendum admodum conducirerent et expedirent, in unam (ut documenta sumere

volentibus longae inquisitionis labor abesset) deligerem consonantiam atque in facilem quandam reducerem modum.

Etsi ea res super qua saermonem saepenumero in multam produximus noctem, infiniti paene sit operis et immensi, adeo ut unde initium, unde medium unde denique finem in tanta rei magnitudine sumam, non iniuria subsistam ac tantum auctoritatis tantumque dignitatis et excellentiae contineat, ut non modo infimum aut mediocrem virum defatigaret, sed summum ac prope divinum oratorem id aggredi perhorrescere quam plurimum faceret, tamen tuas ne preces, quae sedulo imperii mihi loco sunt et quae hoc conficiendi opus meis modo rationibus alligarunt videar declinare (tibi enim quicquid possum debeo et me non modo huic rei verum cuicumque possibili devinctum obnoxiumque tenes) materiam longe patentem angustis finibus terminabo et in verba quam potero (non enim cuncta complectendi mihi cupido incessit) conferam paucissima, iuxta Horatii¹ verba: «Quicquid praecipies esto brevis ut cito dicta // percipiant animi² dociles teneantque fideles».

Ad hoc enim instituendum opus nulla magis me res excitavit, pater humanissime, quam ut tuae in primis clementiae, quam iam pridem unice atque religiosissime colui complacerem, tametsi nonnihil ipsa me gloria movebat, quae si meritis aut virtute parta extitit, semper est a summis viris magno studio quaesita et a sapientibus hominibus maxime laudata. Nonnihil etiam exercendarum ingenii virium me causa inducebat, quia quemadmodum triste est diviti decedere sine herede, ita miserrimum est habenti a deo summo gratiam intellectus, posteris suis id est studiosis nihil ornatum dimittere, quo possint veluti heredes intellectus aliquatenus³ consolari. Et licet tot in omni scientia et in primis in oratoriae artis facultate scripserint ut iam mundum paene illuminaverint, adhuc tamen inveniendis inventa non obstant. Instar enim solis oritur, intellectus et occidit, vadit et redit et nunquam moritur.

Nunc hoc unum, princeps clementissime, aequo fer animo velim, ut meum huic sit operi consecrare nomen *Magarita poetica*. Haud abs re, opus clarissimum, tibi nomen sume, tum a genitrice mea dignissima, domina Margarita de Ivomershausen, femina quidem clarissima, a qua tanquam magistra optima litterarum prima hausit elementa. Tum quemadmodum margaritae per

¹ Ovidii *A*

² animi *om. A*

³ aliquid *liter A*

se solae quoquo in statu sint plurimum valent et si caelato auro repositae fuerint magis lucere magisque hominum intuitum ad earum contemplationem allicere videntur, sic nostri operis margaritae in quocunque dicendi genere persistent per seipsas graves, scitae⁴, frugales et praestantes sunt ac maxime conducibiles et, si expolita, commoda, splendida ac resonanti verborum conformatione contexantur, ipse splendor atque suavitas orationis, homines ad earum setenciarum lectionem incitare, legentium oculos maxime iuvare atque audientium animos plurimum oblectare solet.

Nunc institutum opus, religiosissime antistes, trepidus⁵ aggredior et satis ac satis parvo cum navigio magnum et spaciosum ingredi mare perhorresco, sed caelesti opus est munere. Manibus igitur ad caelum erectis divinum invo-co numen et deum totius operis auctorem ac praesulem constituo ad quem humiles nunc porrgo preces et cum Salomone dico: «Da mihi domine sedium tuarum assistricem sapientiam», ut hoc tam illustre opus bene incipere, melius mediare⁶ et optime ac feliciter finire valeam, ad tui laudem et gloriam sempiternam. Amen.

Traducción

Alberto von Eyb, doctor en ambos derechos, chambelán del santísimo Papa Pío II nuestro señor, canónigo de las iglesias de Bamberg y Eichstätt, saluda y dedica la siguiente obra al reverendísimo padre y señor en Cristo, don Juan, por la gracia de Dios obispo de Münster, conde palatino de Renania y duque ilustrísimo de Baviera.

Muy a menudo has deseado, reverendo padre, príncipe ilustrísimo, cultivador de las heroicas virtudes, que, si en alguna ocasión tenía tiempo, recogiera en un único volumen algunos preceptos de retórica, diversas variantes de cláusulas y muchas de las citas tanto de oradores como de poetas e historiadores que se encuentran esparcidas y diseminadas aquí y allí en diferentes libros, dignísimas de decir y de recordar, que podrían conducir y facilitar el

⁴ scitae B: site A

⁵ tremulentus A

⁶ mediari B

acceso a un discurso ornado, elegante, espléndido y brillante y a una vida recta y dichosa para que la labor de búsqueda se facilitara por completo a quien deseara tener esos documentos, y que todo ello lo redujera a un formato manejable.

Aunque esta empresa, sobre la que a menudo hemos alargado nuestra conversación hasta entrada la noche, sea un trabajo casi infinito e inmenso, hasta el punto de que no puedo hacer frente sin daño (dada la magnitud del asunto) a de dónde tomar el principio, de dónde el medio y de dónde el final, y encierra tanta autoridad y tanta dignidad y excelencia que no sólo dejaría exhausto a un hombre de pocas luces o mediocre, sino que el orador más excelso y casi divino se horrorizaría de emprender esa tarea, a pesar de ello, para que no parezca que rechazo tus ruegos, que son en verdad órdenes para mí y que se han juntado a mis propias razones para realizar esta obra (pues te debo todo lo que yo pueda hacer y me tienes siempre obligado y dispuesto no sólo para esto sino para cualquier otra cosa), contendré en unos límites estrechos esta materia amplia por demás y la explicaré con las menos palabras posibles (pues no me invade el deseo de abarcarlo todo), según la sentencia de Horacio: «En cualquier cosa que enseñes, sé breve para que los ánimos bien dispuestos capten rápidamente lo dicho y fieles lo mantengan».

A comenzar esta obra nada me ha impulsado más, padre humanísimo, que complacer ante todo tu clemencia, que he cultivado desde hace tiempo con exclusividad y con el mayor de los respetos; con todo, también me movía algo mi propia gloria, la que, si se muestra como producto de los méritos o la virtud, siempre ha sido buscada con gran afán por los hombres más excelsos y sumamente alabada por los sabios. Incluso me atraía algo el ejercitar las fuerzas de mi ingenio, porque, al igual que es triste para el rico morir sin heredero, también para el que ha recibido del sumo Dios el don de la inteligencia la mayor desdicha es no legar nada bien compuesto a sus descendientes, es decir, a los estudiosos, con que puedan como herederos intelectuales consolarse de algún modo. Y aunque se ha escrito tanto sobre cualquier ciencia, y en especial sobre la oratoria, que el mundo está ya de sobra ilustrado, sin embargo lo ya descubierto no obstaculiza a lo que se va a descubrir: la inteligencia, al igual que el sol, nace y se oculta, se marcha y regresa, pero nunca muere.

Ahora, príncipe clementísimo, quisiera que aceptases con buen ánimo sólo una cosa: que se me permita poner a esta obra el nombre de *Perla poética*.

Toma con razón, obra mía, este clarísimo nombre de mi dignísima madre doña Margarita⁷ de Ivolmershausen, mujer clarísima, de la que (como mi mejor maestra) bebí los primeros rudimentos literarios. Por otro lado, al igual que las perlas, que estén donde estén, valen muchísimo, pero si se ponen en oro bruñido parece que lucen más y que atraen la mirada de los hombres a su contemplación, de ese mismo modo las perlas de nuestra obra, sea cual sea el género literario en el que estén, por sí mismas son valiosas, bellas, adecuadas, hermosas y muy útiles; pero si, una vez pulidas, se entretajan con una disposición conveniente, espléndida y bien sonante de las palabras, el mismo resplandor y la suavidad del discurso suele incitar a los hombres a la lectura de estas sentencias, agradar al máximo la vista de los lectores y deleitar muchísimo los ánimos de los oyentes.

Ahora, respetabilísimo obispo, inicio tembloroso esta obra así establecida y temo surcar el ancho y espacioso mar con un navío tan pequeño. Mas preciso la ayuda celestial. Por ello, con las manos levantadas hacia el cielo invoco al numen divino y pongo a Dios como autor y guía de toda la obra, al que dirigo ahora mis humildes súplicas y con Salomón digo: «Dame, señor, como ayuda la sabiduría de tus sedes» para que pueda empezar bien, exponer mejor y concluir de manera óptima y feliz esta obra tan ilustre, para gloria y alabanza eterna tuya. Amén.

2. Algunas consideraciones sobre la *Margarita*: Un manual de Retórica y Epistolografía

Con esta carta da comienzo la *Margarita poetica* de Albrecht von Eyb (1420-1475), uno de los grandes *best-sellers* de esa época fronteriza entre los siglos xv y xvi (la obra se publicó por primera vez en Nuremberg en 1472, aunque hay datos que indican que se compuso *ca.* 1459); de hecho, aquí en España hay numerosos ejemplares incunables de esta obra conservados en nuestras bibliotecas (sólo en la *BNM* se custodian seis). Estaba entre los libros de la reina Isabel la Católica, según se ve en Sánchez Cantón [1950, p. 41], y de Fernando de Rojas, como se lee en el testamento del autor editado por Valle Lersundi [1929] (Lida de Malkiel [1956 y 1962] puso de

⁷ Recuérdese que *margarita* en latín significa «perla».

relieve la posible influencia de la *Margarita* en *La Celestina*, algo en lo que insiste Corfis [1984], una postura contestada por Gilman [1972]). Sin embargo, sorprende el poco interés que la obra despierta hoy entre los estudiosos. En la actualidad, no abundan los trabajos sobre Eyb; además, en su mayoría se centran en su breve opúsculo sobre el matrimonio, *Ehebüchlein*, un tema de moda en su época, que entronca, en última instancia, con las disputas sobre la vida activa y la contemplativa o sobre el papel de los hombres cultivados en la sociedad (Eyb refleja también esa preocupación, aunque de pasada, en su *Margarita*). Otros estudiosos se han interesado por la transmisión de Plauto gracias a Eyb, quien, como se verá, muestra un conocimiento directo y muy madrugador de las comedias del sarsinate (vid. De Felip-Jaud [1995]). Por último, también ha merecido atención y reconocimiento su *Spiegel der Sitten* («Espejo de costumbres»), centón ético y moral redactado en alemán. Hay quien piensa, no obstante, que pudo existir una primera redacción de esta obra en latín; de ser así, estaríamos ante un caso de autotraducción, fenómeno que conocemos también en algunos de los eruditos españoles de esa misma época, como ha puesto de relieve Cátedra [1991].

A la vista de estos pocos datos, se concluye que Eyb estuvo muy al tanto de las necesidades y gustos literarios de sus contemporáneos y que supo ofrecerles en cada momento lo que esperaban: disquisiciones de carácter didáctico sobre asuntos de actualidad y una miscelánea para diferentes usos; en el caso de la *Margarita*, ésta admite una doble lectura, como manual de retórica (una retórica que, como veremos, engloba por igual y sin distinción epístolas y discursos, y que atiende someramente al diálogo dramático) y como obra moral (vid. Hiller [1939]), en la idea de que las sentencias atribuidas a los antiguos contenían una doctrina útil para llevar una vida recta (*quae... ad bene beateque vivendum admodum conducerent et expedirent*).

Visto el contenido y la finalidad de la obra, sorprende su escaso eco posterior, sobre todo si se tiene en cuenta el éxito de que gozó en sus años. Una prueba de esa magnífica acogida editorial es el buen gusto con que se efectuaron algunas de las ediciones incunables, que muestran el enorme esfuerzo realizado por los impresores para dar a conocer este texto. Pienso, particularmente, en la preparada por Amerbach en Basilea en 1495, que es el testigo principal de que me he servido al transcribir la carta-dedicatoria del propio Eyb. Se trata de una edición extremadamente cuidada, con unos reveladores tipos humanísticos (frente a la más frecuente letra gótica, habitual

en la imprenta de allende los Alpes), con unos índices iniciales y finales sumamente completos y con múltiples ayudas en forma de títulos y rúbricas para facilitar su manejo y potenciar su utilidad. Este último es uno de los propósitos resaltados por Eyb, consciente de que parte de su mérito estaba en su capacidad para organizar la ingente cantidad de materiales insertos en su recopilación.

Precisamente, en esa epístola inicial dirigida al obispo de Münster, desvela algunas claves de su obra y señala su intención de recopilar, en el menor espacio posible, «algunos preceptos de retórica, diversas variantes de cláusulas» y un buen puñado de citas de oradores, poetas e historiadores. Con esa declaración de propósitos, Eyb perseguía interesar a un lector ávido por conocer de un modo sencillo las claves de una disciplina, la retórica, imprescindible en toda actividad profesional y hasta en cualquier capítulo de la vida de los individuos. Este renovado interés halla su justificación en ciertos usos que afectaban a las relaciones personales y profesionales, que reclamaban una mayor fluidez de palabra; a ese respecto, la facundia era un verdadero ideal en todos los órdenes.

Los *oratores* italianos (mezcla de políticos, embajadores y rétores) habían puesto el listón muy alto al establecer un ideal de estilo, con un latín en que pesasen por igual la corrección, la elegancia y la elocuencia (*resonans*, como señala en numerosas ocasiones Eyb en su obra), virtudes que se medían por el grado de imitación y proximidad con respecto a los autores clásicos. Por ello, era necesario volcarse en su estudio, pues ahí estaban las claves para triunfar con la palabra, de viva voz o por medio de la escritura. En esta segunda modalidad de difusión (la única capaz de procurar fama duradera), caían tanto las verdaderas *orationes* como las epístolas (hay que recordar la cercanía existente entre ambos géneros, pues muchas epístolas, sobre todo de carácter oficial, se declamaban en voz alta ante un público numeroso). Cartas y discursos se escribían con profusión y traspasaban sin dificultad la frontera de una utilización inmediata y perecedera; a pesar de que ambos géneros estaban ligados a unas circunstancias concretas, a un *hic et nunc* determinados, los antiguos ya habían mostrado la manera de otorgarles una vida más larga; con esa idea en mente, los eruditos del momento aprovecharon cualquier ocasión para componer cartas y *orationes* que, sin rubor, mostraron a amigos y conocidos para gozar de unos instantes de fama (todo un valor en alza). Cualquiera que deseara pasar por inteligente y culto

debía mostrar su pericia con ambos géneros y, preferentemente, había de cultivar la composición poética, reivindicada con energía como una forma excelsa de sabiduría y arte. En ese sentido, la *Margarita* reserva un espacio para una peculiar *laus poesiae* en el epílogo, donde además desarrolla, conforme a los tópicos más usuales, toda una alabanza de la elocuencia.

En pos de un estilo correcto y elegante, los humanistas italianos, muchos de ellos reputados pedagogos, abogaron por el estudio directo de los autores clásicos. Esta idea aparece de manera recurrente en los prólogos y prefacios de muchas gramáticas y manuales de retórica. Pero una cosa son las palabras y otra muy distinta los hechos. Como ideal, era un magnífico *desideratum* que los estudiantes se enfrentasen de manera directa con Cicerón para aprender retórica y con los grandes poetas para hacerse con su técnica; ahora bien, la realidad era mucho más compleja. Sólo unos pocos serían capaces de salir airosos de esa empresa; los más precisaban de otro tipo de herramientas para allanar el camino y, al final, obtener unos resultados satisfactorios. Como señala Grendler [1989], muy pronto se repitieron muchos moldes de la enseñanza medieval y los currícula y cánones excesivamente abultados se redujeron a la lectura de las *Epistulae ad Familiares* de Cicerón, la *Eneida* de Virgilio, las comedias de Terencio y las sempiternas *Rhetorica ad Herennium* y *De inventione* ciceroniano (cf. también Jensen [1998]).

¿Qué pasaba, pues, con aquellos otros autores que poco a poco iban apareciendo en el horizonte literario y editorial? Sólo en los centros de estudio más selectos, recibieron una buena acogida y constituyeron la base de la educación de los jóvenes (en esta recepción de la literatura clásica también hay que destacar periodos o modas: Horacio, por ejemplo, se convirtió en un autor omnipresente en el siglo XVI, al igual que Tácito fue muy admirado en el siglo XVII español). Para responder a las nuevas exigencias era necesario estudiar a los clásicos de manera directa o, al menos, familiarizarse con ellos por otros medios. Más aún, incluso si ese conocimiento era superficial, estaba bien visto mostrar cierta sensibilidad hacia los autores antiguos; de ese modo, monarcas, políticos, religiosos y profesionales (abogados, médicos, banqueros, comerciantes, etc.) se sintieron muy pronto atraídos por esa moda cultural y se relacionaron sin problemas con los literatos de profesión: la cultura era más que nunca un requisito social. En el ambiente dibujado, resurgieron con fuerza algunos géneros literarios, como la poesía, los discursos y las cartas, moldes adecuados para mostrar lo aprendido y transmitir el deseo de aprender.

Sin embargo, frente a lo acontecido con la retórica, una materia sobre la que habían escrito los propios autores clásicos (con Cicerón y Quintiliano como pilares básicos), la epistolografía no contaba con esos mismos apoyos. En la Antigüedad, sólo podemos aferrarnos a las notas de Julio Víctor, un rétor del siglo iv, sobre el género epistolar, apenas conocidas por el primer humanismo. Por ello, se echaban en falta tratados sobre el arte de componer epístolas conforme a unos nuevos criterios estéticos, pues las exitosísimas *artes dictaminis* medievales no lograban satisfacer las necesidades del público, al menos en apariencia (*vid.* Monfasani [1988]). Y vale decir en apariencia, porque muchos manuales escritos por los humanistas revelan a las claras la fuerte influencia de aquellas viejas preceptivas en las que ellos mismos habían bebido tiempo atrás.

Los humanistas italianos abogaron también por la imitación directa de Cicerón, cuyas cartas a Ático, descubiertas en 1345, dieron a Petrarca las pautas para elaborar un epistolario de carácter autobiográfico y literario (calificativo éste con que se indica lo mucho que hay de mera ficción narrativa y de impostura); con todo y frente a lo que pudiera pensarse, la obra de Petrarca no influyó de manera considerable en los primeros humanistas; de igual modo, éstos, como ha demostrado Witt [1982], abominaron en su correspondencia personal de unos usos que impregnaban sus cartas profesionales. Tenemos así a un Coluccio Salutati o Poggio Bracciolini que cambian de registro en función del carácter público o privado de sus misivas (sobre Poggio, *vid.* Harth [1982]). Desde luego, lo que supuso una verdadera revolución respecto de épocas precedentes fue el notable incremento de la correspondencia privada que, en una gran paradoja, circulaba de mano en mano, más allá de su destinatario real y único. El público estaba realmente interesado por hacerse pronto con ese nuevo estilo literario y vital, donde las cartas se escribían y coleccionaban con verdadera pasión. Había un deseo de conocer las intimidades de los nuevos héroes, unos personajes dignos de admiración por su labor política, militar o erudita; de esa manera, las epístolas eran el instrumento ideal para descubrir los rasgos personales más escondidos. Si a esto se añade un deseo de perpetuarse a través de las letras, se entiende bien que toda persona medianamente instruida pudiese gozar de su minuto de fama al escribir una carta conforme a unos determinados moldes retóricos. Las cartas se convirtieron, así, en verdaderas tarjetas de presentación (no hay que olvidar que uno de los tópicos más repetidos desde la Antigüedad es consi-

derar la carta como una imagen o espejo de quien la escribe), en las que se apuesta por un estilo sencillo, elegante, marcado por la brevedad y con reminiscencias ciceronianas, ya que Cicerón fue el modelo adoptado de manera universal.

El problema era encontrar manuales con los que aprender a redactar misivas. En muchas ocasiones, el único medio para hacerse con esta técnica era la lectura de las cartas de autores contemporáneos ya consagrados, quienes, al igual que los antiguos (pienso en Cicerón o Plinio el Joven), a menudo abordaban problemas teóricos relativos al género en el interior de sus epístolas. Así, los autores del pasado convivieron en la imprenta con los nuevos, cuyas cartas respondían de manera más directa a las necesidades de comunicación del lector de la época. Las cartas, ya se ha dicho, se coleccionaban y se guardaban como verdaderos tesoros, como muestras de amistad y, una vez más de acuerdo con los tópicos y con la voluntad artística que manifiestan quienes las compusieron, como verdaderos regalos. La lectura de estos epistolarios se hizo habitual, pues satisfacían los gustos de un público no profesional que quería llenar su tiempo de ocio con lecturas amenas y provechosas.

En este contexto, los epistolarios se publicaron para saciar la sed de curiosidad sobre los individuos famosos y para ofrecer modelos de imitación (sobre este particular, vid. Jiménez Calvente [2001] y [2002]). A estos epistolarios, publicados por sus valores literarios y didácticos, habría que añadir unos cuantos manuales, al principio muy magros, que ofrecían recetas para construir *salutationes* sencillas (con frecuencia reducidas a los nombres del emisor y destinatario y a la fórmula *salutem plurimam dicit*) o fórmulas breves para el exordio o la *conclusio* final. Entre los más exitosos, estaban los libros de Agostino Dato, Niccolò Perotti (estudiado recientemente por Curbelo Tavío [2000]) y Francesco Nigri, que durante mucho tiempo, a pesar de sus deficiencias y de sus aromas de antaño, fueron verdaderas obras de referencia. Muchas de estas obras, como también la *Margaritha*, tenían un marcado sesgo gramatical y léxico al ser meras recopilaciones de frases hechas y expresiones elegantes para iniciar, desarrollar o concluir una misiva.

En igual medida creció el interés por los discursos pronunciados o compuestos por los grandes maestros antiguos o modernos. En unas ocasiones, se buscaban en ellos las claves para convertirse en un buen orador; en otras, el lector sólo perseguía disfrutar con esas pequeñas joyas literarias. Gracias a

la labor de humanistas como Poggio y otros, distintos discursos de Cicerón fueron saliendo a la luz; de ese modo, los hombres de finales del siglo xv pudieron disfrutar al fin de un Quintiliano completo. Ante la grandeza y autoridad de estos autores, muchos humanistas, incapaces de superar a su entender dichas obras (en el plano teórico y en el de la praxis oratoria), se dieron a la escritura de «various kinds of epitomes of the classical art or to do original work in areas in which the classical tradition was not rich» (*vid.* Monfasani [1988, p. 187]).

3. Breve descripción de los contenidos y estructura de la obra

En este universo la *Margarita* de Eyb encaja a la perfección: por un lado, se trata de una rica y variada antología de epístolas, *orationes* y sentencias tomadas de muy diferentes fuentes (de ahí el nombre de *Perla poética*, como el propio autor se encarga de explicar), reunidas en la segunda parte de la obra. Por otro lado, la primera parte se presenta como un manual especialmente sencillo, compuesto por tres tratados distintos que atienden a la retórica y, en particular, al arte de componer cartas (y discursos, ya que para el autor ambos géneros son prácticamente equivalentes), según el modelo ciceriano. Así se describe la *Margarita* en las tablas preliminares con que se abren algunas ediciones, como la de Amerbach de 1495:

Prima pars in tres sectatur Tractatus: Primus est de rhetoricae orationis compositione. Secundus: de verborum variationibus et sententiarum synonymis circa singulas partes epistolae rhetoricaeque orationis idoneas atque oportunas. Tertius de clausulis familiaribus et elegantioribus e libris M. Tul. Ciceronis aliorumque clarorum oratorum excerptis.

Llama la atención que, precisamente, el primer apartado (o *tractatus*) se ocupe de los principios que afectan a la composición, un tema tratado con éxito por Gasparino Barzizza, uno de los más reputados maestros de retórica del momento. Incluso, según pone de manifiesto Herrmann [1893, pp. 174 y ss.], el tratado *De compositione* de Barzizza fue la fuente básica de Eyb, a la que hay que añadir el influencia de Flisco. De ese modo, Eyb sigue la senda de los humanistas empeñados en dilucidar aquellos aspectos de la retórica que, en su opinión, habían dejado poco claros los *auctores*. Para Eyb, los

fundamentos *omnis eloquentiae et perfectae elocutionis* son tres: *elegantia, dignitas et compositio*. En su opinión, para estudiar las dos primeras basta recurrir a los tratados de Cicerón (aquí se incluye, por supuesto, la pseudociceroniana *Rhetorica ad Herennium*); después, atiende a la composición (que se divide en otras tres partes: *ordo, iunctura et numerus*), ya que, de no ser tenida en cuenta, «casi todo el esplendor y la armonía (*concinnitas*) de las palabras perece». Éste había sido también el parecer de Barzizza, quien, a su vez, había tomado como modelo a Quintiliano y la *Rhetorica ad Herennium*. La exposición de Eyb, sencilla y clara, se basa en los principales oradores *nostrae aetatis*; de hecho, como en el resto de la obra, el autor no pretende sino ofrecer un sencillo manual, unas recetas básicas conducentes a asegurar el éxito de los posibles discípulos. Para ello, recorre con brevedad algunas cuestiones elementales, que van desde la constitución de la sílaba (unidad mínima de la *iunctura*) hasta los *verborum exornationes sive colores rhetoricos*, con que finaliza este primer tratado.

Una vez concluida esta exposición teórica, el segundo tratado (que contiene nueve capítulos o apartados) se ocupa de las epístolas y, más en concreto, de las diferentes partes en que se dividen las cartas; aquí, como era esperable, el autor se muestra respetuoso con la práctica de las *artes dictaminis*, y acepta la división de las cartas en las cuatro partes canónicas que también se descubren en los discursos (*exordium, narratio, argumentatio: confirmatio, refutatio, y peroratio*). Para él, lo más importante es desbrozar el camino y echar mano, si es preciso, de unas denominaciones que todos conocen y manejan; de ahí que no le interese polemizar sobre lo adecuado o no de las mismas. Dedicar, eso sí, más espacio al exordio (cap. 2, 3 y 4), pues distingue diversas maneras de iniciar una carta de acuerdo con su posible función: *ad amorem et benivolentiam... et cum aliquem ex officio vel virtute laudare volumus*, para dar las gracias, para prometer ayuda, para felicitar a alguien, etc. La *narratio* (que puede referirse a asuntos gratos o desgraciados, algo que ya recogía Cicerón en su carta a Curión, *Fam.* II 4, 1: *unum familiarem et iocosum, alterum severum et gravem*) se aborda en el capítulo cinco; los capítulos 6, 7 y 8 tratan de la *divisio, confirmatio et confutatio*; el 9 y último se dedica, como no podía ser de otro modo, a la *conclusio*, parte en la que, una vez más, la carta se hermana con el discurso: *De sententiis synonymis ad conclusionem epistolarum et orationum pertinentibus*. En todos estos apartados faltan consideraciones teóricas: es-

tamos en presencia de un centón con un enorme acopio de materiales, de frases hechas o, en palabras del autor, *de sententiis synonymis*, tomadas de diferentes autores o diversas fuentes de información que, en ocasiones, se especifican en los márgenes; en otras, hemos de suponer que se trata, sin más, de bienes mostrencos, tomados muchas veces de fuentes secundarias (según señala Klecha [1989], en otras obras suyas, Eyb «nur selten auf die Originalschriften der von ihm zitierten Autoren zurückgegriffen hat»). Es fácil corroborar este aserto con una consulta a los manuscritos del propio Eyb, muchos de los cuales se conservan en la Biblioteca de Eichstätt. Entre ellos destaca, junto a los textos clásicos que Eyb había ido comprando, el que Herrmann [1893, pp. 92-95] denomina «Citatbuch». Este centón recopilado por el propio Eyb a partir de otro previo y de sus lecturas personales (muchas de ellas realizadas en Italia) de los principales autores de la Antigüedad dejó su impronta en la *Margarita* (los autores contenidos en ese centón y luego recogidos en la *Margarita* son: Cicerón, Macrobio, Orosio, Vitrubio, Boecio, Apuleyo, Quinto Curcio, César, Plauto y Terencio). En definitiva, Eyb no hacía sino aplicar a su magisterio el método aprendido en su época de formación en tierras italianas: la lectura detenida de los textos se hacía para entresacar frases (*moralia*), ideas o fragmentos que, anotadas en un cuaderno, se utilizaban más tarde para dar brillo a los escritos propios.

El tercer tratado, el último de esta primera parte de la *Margarita*, agrupa en catorce capítulos ejemplos tomados de las cartas de Cicerón, Gasparino Barzizza *et alii*. Como declara el propio autor, su labor ha consistido en reunir y ordenar las distintas cláusulas bajo diferentes rúbricas o títulos (*sub certis rubricis seu titulis sub quibus commodius cadere videntur collocare*) para facilitar el acceso a unos materiales que, según promete, lograrán embellecer cualquier carta que se escriba. El autor selecciona sus ejemplos en función del tema tratado; en otras palabras, Eyb intenta codificar los diferentes tipos de cartas existentes, más allá de la primera subdivisión ciceroniana en epístolas familiares y serias. Este aspecto, como es sabido, suscitó una gran controversia entre los distintos tratadistas del género; incluso hubo quienes, como Justo Lipsio o el propio Erasmo, negaron toda posibilidad de ofrecer una descripción pormenorizada de los tipos de cartas por ser éstos infinitos: hay tantos tipos de cartas como escritores y remitentes. Con todo, nuestro autor no se detiene en tales sutilezas; por ello, prefiere ofrecer giros y fórmulas para los diversos asuntos abordados en una correspondencia amistosa: «para cursar una in-

vitación» (cap. 6); «para la recomendación de las virtudes» (cap. 7); «*de clausulis circa vitia, inimicitias et malos hominum mores et illustrium reprehensiones oportunis*» (cap. 9) o el curioso cap. 12, donde se recogen cláusulas «*circa res generales et extravagantes, auctoritates, proverbia et exempla*». Al final, se ofrece incluso una selección de versos y fragmentos poéticos que permiten adornar las cartas con un toque de distinción. A este respecto, coincide con el método propugnado por muchos tratadistas, entre ellos el propio Erasmo de Rotterdam en su *De conscribendis epistolis*, que recomendaban iniciar la carta con la inclusión de algún proverbio o cita para hacer el exordio mucho más agradable y atrayente.

Los autores seleccionados por Eyb son los *classici*; las máximas las selecciona en función de una posible lectura moral o, al menos, gnómica: Virgilio, Juvenal, Persio, Ovidio, Estacio, Marcial, Tibulo, Propercio, Lucano, etc. En este canon encontramos a los autores de siempre junto con algunas novedades del tipo de Propercio o incluso Catulo (un poeta ausente por lo común de obras como ésta, en que priman los aspectos didáctico-morales), que por lo que sabemos se incluyeron a partir de la edición de 1495; de igual modo, la amplitud de miras de Eyb lleva a superar el canon comúnmente aceptado, pues no duda en recoger obras detestadas por muchos humanistas aunque nunca desterradas por completo de las aulas: el *Pamphilus*, las fábulas esópicas, los mismos proverbios de Salomón o los versos atribuidos a «Sapiens» (Pedro Abelardo, según declara Moss [1996]). El tributo a los tiempos modernos, que constituye una característica de la *Margarita*, se salda con la inclusión de unos pocos versos del *Hermaphroditus* de Antonio Beccadelli el Panormita (una obra cuyos modelos declarados son Catulo y Marcial, irreverente y obscena, que fue muy criticada por algunos de sus sesudos coetáneos). De todos modos, quizás Eyb, que siempre declara una intencionalidad moral, fuera de la misma opinión que otros reputados maestros, como Guarino de Verona, quien durante cierto tiempo no dudó en alabar la calidad de los versos de Beccadelli por su «*suavissimam carminis harmoniam, dicende facilitatem, inelaborata verba et inoffensum compositionis cursum*» (vid. Rovira [1990, p.42]). Sobre la supuesta inmoralidad de la poesía antigua en general, Eyb se pronuncia al final de su obra (*neque verum est, ut plerique qui poetas insectantur aiunt, quod amores et flagitia in illis dumtaxat reperiantur*); según él argumenta, también la Biblia incluye relatos de moralidad dudosa: para él, la retórica (que en su sentido más amplio abarca la poesía) siempre es útil

para el hombre, ya que su único peligro reside en su uso indebido y falaz, como puede suceder con la medicina o el derecho (y aquí resuenan los ecos de las polémicas de Petrarca en sus *Invectivae contra medicum* o Boccaccio en el libro XIV de su *De genealogia deorum gentilium*).

La segunda parte de la *Margarita*, en la que se insiste en su carácter antológico, se divide en dos grandes apartados. Aquí, sin abandonar el ámbito de la epístola, se hace mayor hincapié en la *oratio* y, de forma secundaria, en la historia (otra de las disciplinas incluidas en el canon de los *studia humanitatis*). De todos modos, se advierte un cambio de intención, pues no se enseña tanto a componer una carta o discurso, como a adornar y amplificar la expresión (*De diversorum clarissimorum virorum, oratorum, poetarum atque aliorum auctoritatibus ac sentiis quibus omnem nostram epistolandi rationem ac dicendi modum corroborare, exornare et maxime amplificare poterimus*). En el primer tratado (subdividido en 18 capítulos), se recogen citas de Cicerón, Lactancio, Macrobio, Apuleyo, Paulo Orosio, Vitrubio, Curcio, César, Valerio Máximo, Diógenes Laercio o los *Apotegmas* de Plutarco, recogidos a partir de la traducción de Francesco Filelfo. A estos autores, hay que añadir a Petrarca, muy bien representado gracias a los *excerpta* de su *De remediis utriusque fortunae*, obra que gozó de gran éxito gracias a su talante moralizador, fruto de la mezcla de estoicismo y cristianismo que rezuman sus páginas (sobre el uso de Petrarca por Eyb, *vid.* Mann [1971, pp. 217-224]). Ciertamente, estas sentencias entresacadas de la obra de Petrarca son una prueba más del buen ojo de Eyb, siempre atento a ofrecer a su público lo que éste demandaba; así, no hay que olvidar que las ediciones más tempranas de los *Opera* de Petrarca (Basilea 1496 o Venecia 1501) incluían una *Principalium sententiarum Annotatio*, una colección de sentencias extraídas muchas veces del *De remediis*; según ha demostrado Deyermond [1975, pp. 50-71], Fernando de Rojas, poseedor de un ejemplar de la *Margarita*, acudió a esos índices del *De remediis* al escribir *La Celestina*, donde se advierte la presencia de esas *sententiae* petrarquistas. En la *Margarita*, esas citas de Petrarca se acompañan de excursos, de fuente imprecisa, sobre los nombres de los dioses romanos y los cargos políticos.

Los intereses del autor de esta antología se aprecian también en su selección de textos extraídos de las comedias de Terencio y de Plauto. Es más, él mismo se encarga de señalar la novedad de su tarea, pues, en el caso del

segundo autor (prácticamente desconocido a lo largo del Medievo, frente a la fortuna de que gozó el primero), se trata de obras recuperadas por el temprano humanismo: *ex comediis Plauti inusitatis et noviter repertis, Mostellaria, Persa, Rudens, Stichus, Trinunmus, Truculentus, Miles gloriosus, Mercator, Pseudolus, Poenulus, Bacchides y Menaechmi*. El amor de Eyb por el patrón teatral clásico le lleva a incluir comedias humanísticas como *Philodoxis* de Carlo Aretino, *De Falso hypocrita et tristi* de Mercurio Ranzo y la *Philogenia* de Ugolino Pisani de Parma, esta última una hábil imitación de Plauto. Llegados a este punto y visto el talante general de la antología, cabe suponer que el interés de Eyb por el teatro tiene un doble origen: por un lado, está el deseo de transmitir de la manera más efectiva unos conocimientos adquiridos en Italia; por otro, el de reflejar las experiencias vitales de esas estancias como estudiante en Bolonia (se conocen dos viajes suyos a Italia: uno en su más temprana juventud, del que regresó en 1451; otro, poco después, de 1452 a 1459, momento en que alcanzó el grado de doctor en derecho civil y canónico en la Universidad de Bolonia). El paso por las aulas de Bolonia, un centro importante del nuevo teatro universitario, le inspiró su amor por este género, que se había revelado como un magnífico método (presente ya en las universidades francesas e inglesas durante los siglos XII y XIII) para la moralización —es el *corrigendo mores* de muchos prólogos y prefacios—, y para la enseñanza de un latín más vivo y de menor dificultad. Por otra parte, téngase en cuenta que la recuperación del sentido del teatro clásico era obra de eruditos de su misma generación o a lo sumo de la generación previa, gracias a los desvelos de Flavio Biondo (1388-1463), Leon Battista Alberti (1404-1472) o los modernos editores de Terencio (1470) y Plauto (1472) en forma impresa (*vid.* Gómez Moreno [1991, pp. 107 y ss.]).

Esos aspectos explican el éxito de muchas comedias, que se convirtieron en modelos docentes, en ejercicios de virtuosismo escolar y en lectura amena para fiestas y celebraciones. Desde luego, en el caso de Eyb, está claro su interés por la comedia como instrumento para la moralización, según se ve en su *Spiegel der Sitten* (*cf.* Klecha [1989]), escrita *ca.* 1474 y publicada en 1511), en la que, entre otros materiales, se incluía una traducción o, mejor dicho, adaptación de *Menaechmi* de Plauto (*vid.* de Felip-Jaud [1995]). En este sentido, vale recordar que las poéticas del momento se hacían eco de la definición ciceroniana de comedia como *imitatio vitae, speculum*

consuetudinis, imago veritatis (y me gustaría llamar la atención sobre el segundo término que coincide claramente con el título de la obra de Eyb a la que acabo de aludir). Al mismo tiempo y de vuelta a la costumbre escolar de representar (o simplemente leer) comedias en las aulas, son numerosos los testimonios que insisten en que la comedia era un magnífico instrumento pedagógico para conseguir el anhelado *prodesse et delectare* horaciano (vid. Canet [1993, pp. 20-30]). Ese valor didáctico se incrementaba con la costumbre de insertar en las comedias citas de Plauto y Terencio, propuestas como un juego para el lector o estudiante, que tenía que descubrir con esfuerzo esas sentencias o perlas de sabiduría. En todos estos aspectos, la *Margarita* podía ayudar mucho.

Tras esta muestra del género teatral, el libro concluye con la selección de treinta *orationes*, ejemplos de arte excelso, que atañen a temas de gran actualidad; de hecho, uno de los géneros mejor representados es el *genus demonstrativum* y, en especial, la *laudatio* (sobre la preeminencia del discurso epidíctico sobre los otros *genera* oratorios en el Renacimiento, vid. Murphy [1999]); aquí, una vez más, los *antiqui* se dan la mano con los *moderni*, pues Eyb recoge ejemplos de Antonio Becadelli el Panormita, el Cardenal Bessarion o Gian Galeazzo Visconti, sin olvidar algunos de su propia cosecha. Al lado de la *laudatio*, no podía faltar su contrario, la invectiva; de ésta, el ejemplo que se elige proviene de la tercera invectiva de Poggio Bracciolini contra Lorenzo Valla (curiosamente, éste es el único ejemplo de una *oratio* no pronunciada, pues esta invectiva se concibió desde el principio como texto escrito).

Al igual que en la selección de epístolas de la primera parte, también las *orationes* se eligen y ordenan en función de los argumentos abordados, todos ellos de gran actualidad. Una lectura rápida permite comprobar que, de nuevo, prima el interés didáctico. Los discursos pueden servir sin más como ejemplos para escribir otros de similares características, pues responden a las situaciones más habituales en las que es preciso tomar la palabra. Con ellos, queda cubierto tanto el ámbito ciudadano (lo que correspondería en muchas ocasiones al discurso político o epidíctico), como el ámbito universitario, donde desde la Edad Media se había institucionalizado cierta práctica retórica relacionada con los distintos actos académicos; así, los discursos seleccionados abordan los temas de la paz, la guerra, la alabanza de las mujeres (*orat.* 17), la oportunidad del matrimonio (*orat.* 18), la *laudatio funebris*

(con el ejemplo del discurso de Poggio a la muerte de Lorenzo de Medici, *orat.* 19); a éstos hay que añadir un buen puñado de *orationes* ligadas al desarrollo de una normal vida académica (*De rectoralis dignitatis acceptatione et pro impensi honoris gratiarum actione* [*orat.* 21], *De propriae insufficientiae ad publicam et scholasticam disceptationem aggrediendam protestatione*, [*orat.* 22]; *De commendatione eius cui licentia ad doctorandum est concessa* [*orat.* 23], etc.).

Es fácil imaginar la buena acogida de la obra con unos materiales como éstos, perfectamente escogidos y ordenados, con una sabia mezcla de autores del pasado y del presente. Eyb había conseguido trabar una magnífica miscelánea que reunía en un solo volumen (como había prometido en varias ocasiones en su carta inicial y en los diferentes prefacios a cada una de las partes de la *Margarita*) ejemplos de los géneros más demandados por los hombres de cultura (y englobo aquí a profesores, estudiantes universitarios y cualquier persona con ansias de saber): la *oratio*, la epístola y el diálogo en su versión teatral, sobre todo, el referido a la comedia (una verdadera joya para acercarse a un latín hablado con pureza, todo un ideal recuperado en las aulas). La brevedad y la facilidad de acceso a los materiales, perfectamente indexados, justifican por sí mismas la oportunidad de una obra de estas características. De seguro, el público, tanto el profesional de las letras como los simples *amateurs*, veía colmadas sus necesidades de leer, aunque fuera mediante una selección, a los autores clásicos con su carga de enseñanza gramatical y moral. Posiblemente, tras sus años de formación en Bolonia, Eyb quiso contribuir con su *Margarita* a difundir de la manera más práctica y sencilla un enorme caudal de conocimientos y una nueva manera de presentarlos entre los jóvenes estudiantes (de ahí su preocupación por la moral y las buenas costumbres); además, si prestamos atención al destinatario directo de la obra (el obispo de Münster) cabe suponer que Eyb pensó también en los hombres de iglesia y hombres de estado, que fueron los primeros en percibir la importancia y utilidad de los nuevos aires que soplaban de Italia. Esta intención se confirma en el epílogo (*orat.* 30), donde el autor pide a su obra que visite a algunos prelados y nobles:

vade pretereā, opus mirabile, ad reverendissimum patrem singularis doctrine virum dominum Prothasium... ad magnificos et generosos ac nobiles viros dominum Henricum comitem de Werenberg, dominum Ortilib

baronem de Brandiso, dominum Ottonem Truchsess de Waltburg, sacri Romani imperii dapiferum...

Su obra era, en suma, una herramienta utilísima para todo aquel que quisiera componer un texto o simplemente adornarlo con pequeños retazos de sabiduría y elegancia poéticas. Por eso, para Eyb sobraba cualquier polémica o disquisición erudita: su único propósito era elaborar una buena recopilación que pudiera tener un sentido polivalente, como manual de estilo y de costumbres gracias a la inclusión de los grandes autores de la Antigüedad clásica y los más reputados humanistas italianos. Con todo, orgulloso de su trabajo y consciente de su importancia, quiso evitar una posible acusación de plagio o robo, al declarar al final de la obra que nunca había silenciado sus fuentes (destello también de una nueva sensibilidad, más dada a reconocer a los antiguos sus méritos propios): *Unde non furtum admisi, quoniam invito domino haud quicquam contractavi, cum cuique suum dederim bolum et sub proprii commemoratione nominis suas cuique inscripserim disciplinas*. Al fin y al cabo, *nihil enim sub sole novum*, como recuerda en este epílogo; por ello, según sus propias palabras, su única intención ha sido escribir «para alivio del ánimo, ejercicio del ingenio y complacencia de muchos».

Desde la *editio princeps* de 1472 en Nüremberg (en la que parece que pudo colaborar el propio Eyb) hasta la última edición de 1503 en Basilea, la *Margarita* salió de las prensas en 15 ocasiones distintas (fue impresa en Alemania, Francia, Italia y Suiza). De acuerdo con el recuento de ejemplares que realiza Herrmann, a los que hay que añadir los que se encuentran en bibliotecas españolas (que no aparecen citadas en la magnífica monografía del estudioso alemán y que se recogen en el *Catálogo general de incunables de Bibliotecas españolas* de García Craviotto [1988-90]), podemos confirmar las palabras con las que se abría este trabajo: la *Margarita* fue una obra con una excelente acogida. El éxito alcanzado por esta miscelánea no es extraño, pues, como ha mostrado en más de una ocasión Grafton [1985], incluso los más conspicuos humanistas se sirvieron a menudo de *florilegia* cuajados de fuentes secundarias para sus trabajos. Ésta es una tendencia que arrancaba desde el temprano siglo XII y se hizo más fuerte si cabe a lo largo del siglo XIII, en que fue imprescindible codificar la ingente cantidad de literatura científica vertida al abrigo de las universidades. Aunque el humanismo surgió como un movimiento que abominaba de las prácticas del escolasticis-

mo, no dudó en aprovechar algunos de sus grandes logros y esos nuevos intereses permitieron rescatar viejas obras y modelos. A este respecto, no hay que olvidar el éxito de enciclopedias como el *Speculum* de Beauvais (que vio la luz en letra impresa en varias ocasiones) o las *Etymologiae* de San Isidoro. El enciclopedismo seguía vigente y el estudio de autores como Plinio el Viejo dio impulso a esa afición. A su lado, las misceláneas también se hicieron un hueco: Aulo Gelio y sus *Atticae noctes* marcaron la pauta para muchas obras de este tipo (viene bien recordar que el propio Eyb declara en su carta-prefacio que su obra tenía su origen en sus charlas literarias *in multam noctem*); así, algunas obras de carácter erudito adquirieron la forma de pequeñas silvas compuestas por diferentes capítulos en los que el autor daba muestra de lo más depurado de su ingenio aplicado a resolver problemas de muy distinta índole, y pienso particularmente en los *Miscellanea* de Angelo Poliziano.

Como señala Herrmann [1893, p. 214], el papel desempeñado por la *Margarita poetica* fue primordial en la primera etapa del humanismo alemán («also die 'Margarita poetica' als ein Werk... das aber eine hohe kulturhistorische Mission zu erfüllen hatte und erfüllte»). Sin embargo, las obras de este tipo no sólo fueron básicas en las primeras etapas de aclimatación de esa moda cultural; muy al contrario, también disfrutaron de una buena acogida más tarde, aunque muchos eruditos silenciaron esas herramientas para dar a entender que sólo leían los textos clásicos de primera mano, un espejismo en muchos de los casos, según sabemos. Las misceláneas, comentarios, florilegios, antologías y diccionarios constituyeron una parte muy importante en la difusión de unas nuevas ideas y gustos estéticos, ya que, por su carácter variopinto y meramente divulgador, pudieron agradar tanto a los lectores más avisados como a los bisoños.

4. De vuelta a la carta-prefacio: unas cuantas claves

Para la transcripción de esa carta me he servido de dos ediciones de la *Margarita poetica* custodiadas en la Biblioteca Nacional de Madrid: la edición de Roma de 1480, con letra gótica y bellas capitales realizadas a mano (A), y la edición de Amerbach de Basilea de 1495, mucho más cómoda de leer por su hermosa letra humanística (B). Aun cuando en ningún momento

me ha pasado por la cabeza la idea de preparar una edición crítica de la misiva, es fácil llegar a un texto perfectamente legible, gracias sobre todo al impreso suizo.

En cuanto a su contenido y estructura, la carta responde claramente al desarrollo de los tópicos propios de los exordios o prólogos. Para esta ocasión, la forma escogida no son unas simples palabras enderezadas a los lectores, sino una carta con un destinatario concreto: Juan, obispo de Münster y, más tarde, arzobispo de Magdeburg, quien, por lo que dice Herrmann [1983, pp. 194-105], fue un hombre de gran formación y con un papel más que notable en su época dado el peso específico de su diócesis. De ese modo, el prólogo de la obra es en realidad una dedicatoria (*presens dedicat opus*), lo que justifica el tono encomiástico empleado por el autor siempre que se dirige a su corresponsal: *reverendissimus, princeps illustrissimus, pater humanissimus*, etc. El respeto que le inspira el destinatario de la misiva se aprecia ya en la *salutatio*, construida según los nuevos patrones (con el nombre del autor en nominativo, el del destinatario en dativo y la fórmula habitual de saludo, *salutem plurimam dicit*), donde no pasa por alto la enumeración de los diferentes títulos que ostenta el prelado. A continuación, el exordio desarrolla, desde el principio, una de las formas más habituales del tópico de modestia al recordar que la obra se ha escrito a instancias del obispo de Münster, no por deseo del propio autor; de ese modo, Eyb, buen conocedor de la preceptiva y la praxis retórica, quiere ganarse la benevolencia del lector, al que hace partícipe de la *necessitas* que le empuja a iniciar su trabajo.

Según se nos cuenta, el obispo de Münster le había pedido en muchas ocasiones que, en un momento de descanso (y engarzamos aquí con el tópico del *otium cum litteris*), recogiera en un único volumen citas y sentencias de poetas, oradores e historiadores; de ese modo, desde el principio, se hace hincapié en tres de las disciplinas incluidas en los *studia humanitatis*: poesía, oratoria e historia. Además, se señala la importancia de esas *sententiae* extraídas a manera de *flores*, porque sirven para mejorar el estilo de las propias obras y tienen una validez moral (*ad bene beateque vivendum*). Una vez explicada la «causa» que da origen a la obra y pergeñado el contenido de la misma, Eyb ensarta nuevas formas del tópico de modestia. De ese modo, indica que la tarea que acomete es demasiado grande para sus fuerzas; a pesar de ello, se reafirma en la necesidad de obedecer a su amigo (otra variante de ese mismo tópico, en la que se desliza una cierta autoalabanza al

presentárenos como un auténtico *vir bonus*, capaz de arrostrar las tareas más difíciles en cumplimiento de su amistad); además, promete confeccionar un libro útil por su brevedad (afirmación con la que subraya las dos características más importantes, a su entender, de su obra: la utilidad de su colección y la facilidad de su manejo gracias a su *brevitas* y a su formato en un solo volumen). Para concluir con esta parte de su prólogo, el autor introduce una cita del *Ars poetica* de Horacio, vv. 335-6 (pocas décadas más tarde se convertirá en moneda de uso corriente), una *auctoritas* que, además de ser novedosa, eleva el tono general del discurso.

Hay, por tanto, dos ideas básicas sobre las que se asienta el desarrollo de la carta-prefacio: por un lado, la afirmación de que la obra ha nacido para satisfacer la demanda del prelado; por otro, el hecho de que se haga hincapié en la dificultad y novedad de la tarea, ya que, a pesar de ser sólo un centón, Eyb ha tomado sus citas de una gran diversidad de fuentes (*materiam longe patentem*) y las ha ordenado de la manera adecuada. Tras recordar de nuevo las obligaciones contraídas con el destinatario de la obra, Eyb hace confesión sincera de que también le ha guiado su personal deseo de gloria: es el tema de la fama, que se alcanza con los propios escritos y que fue todo un ideal para los hombres de las postrimerías del siglo xv. Sin embargo, para huir de la arrogancia (uno de los vicios que, según los preceptistas, hay que evitar en los *prooemia*), recurre al tópico de que es necesario comunicar el saber (recuérdese, sin ir más lejos, la declaración de principios del *Roman de Alexandre* francés y del *Libro de Alexandre* español, por calar con notable profundidad); por ello, aunque reconoce que hay muchos tratados de oratoria, confiesa que todavía cabe la originalidad, con lo que refuerza nuevamente la novedad y dificultad de su tarea. En su caso, esa novedad estriba en su capacidad para organizar de manera cómoda y adecuada el enorme caudal de datos. Inicia así un nuevo apartado, donde, tras haber explicado la naturaleza de su obra, analiza el título de la misma: *Margarita poetica*. Eyb ofrece dos motivos que justifican la elección del título; por un lado, el deseo de honrar a su madre, de nombre Margarita, a quien agradece el hecho de haber sido su primera maestra; por otro lado, recurre a una comparación entre las perlas (*margaritae*, en latín) y el contenido de su obra. Ésta es la parte más literaria del prólogo, pues desarrolla con cierto detalle esta comparación: igual que las perlas relucen en cualquier sitio, pero engarzadas en oro lucen más, las sentencias que él ofrece, ensartadas dentro de una buena

composición, ayudarán a que los escritos brillen con mayor fulgor (en ese sentido, hay que recordar que, tal como se desprende de estas líneas, el término *poética* hace referencia a cualquier tipo de discurso literario, no sólo a la poesía, como destaca Whinnom en su nóttula [1989]).

Llegado al final de la carta-proemio, Eyb se encomienda a Dios para que le ayude a llevar a término, y con tino, la empresa acometida. Una vez más soplan los aires clásicos al comparar el desarrollo de su obra con una travesía marítima (*satis ac satis parvo cum navigio magnum et spaciosum ingredi mare perhorresco*); sin embargo, para la ocasión, deja de lado las fuentes antiguas e inserta una cita de Salomón. Aquí, de seguro, hay un guiño al lector avisado (entre ellos, el destinatario) al tiempo que una última lección pensada para cuantos aún precisaban pruebas claras de que la convivencia armónica de la doctrina cristiana con las enseñanzas de los clásicos. Al final, Eyb pone un broche tradicional, un *explicit* latino más propio de la labor de los tratadistas y copistas del Medievo que de los modelos epistolares que él mismo defiende en su obra, en los que impera un lacónico y archicaracterístico *vale*.

5. Bibliografía

- CANET, J. L., 1993: *De la comedia humanística al teatro representable*, Sevilla-Valencia.
- CÁTEDRA, P. M., 1991: «Un aspecto de la difusión en la edad media: la autotraducción al romance», *Atalaya* 2, pp. 67-84.
- CORFIS, I. A., 1984: «Fernando de Rojas and Albrecht von Eyb's *Margarita poetica*», *Neophilologus* 68, pp. 206-213.
- CURBELO TAVÍO, M^a. E., 2000: «Teoría y práctica epistolar de Niccòlo Perotti», *Humanistica Lovaniensia* 49, pp. 1-29.
- DE FELIP-JAUD, E., 1995: «Albrecht von Eybs Übertragung der *Menaechmen* des T. Maccius Plautus», *Daphnis* 24, pp. 241-262.
- DEYERMOND, A. D., 1975: *The Petrarchan sources of 'La Celestina'*, Westport (Connecticut).
- GARCÍA CRAVIOTTO, F., 1988-1990: *Catálogo general de incunables en Bibliotecas españolas*, Madrid.
- GILMAN, S., 1972: *The Spain of Fernando de Rojas. The Intellectual and Social Landscape of La Celestina*, Princeton.

- GÓMEZ MORENO, A., 1991: *El teatro medieval castellano en su marco románico*, Madrid.
- GRATFON, A., 1985: «The world of polyhistor: humanism and encyclopedism», *Central European History* 18, pp. 31-47.
- GRENDLER, P., 1989: *Scholing in Renaissance Italy: Literacy and Learning, 1300-1600*, Baltimore.
- HARTH, H., 1983: «Poggio Bracciolini und die Brieftheorie des 15. Jahrhunderts. Zur Gattungsform des humanistischen Briefs», en J. F. Worstbrock, *Der Brief im Zeitalter der Renaissance*, Weinheim, pp. 81-99.
- HERRMANN, M. 1893: *Albrecht von Eyb und die Frühzeit des deutsche Humanismus*, Berlín.
- HILLER, J. A., 1939: *Albrecht von Eyb, Medieval Moralist*, Washington, pp. 69-111.
- JENSEN, K., 1998: «La reforma humanística de la lengua latina y de su enseñanza», en J. Kraye, ed., *Introducción al humanismo renacentista*, Cambridge.
- JIMÉNEZ CALVENTE, T., 2001: *Un humanista siciliano en la España de los Reyes Católicos. Los Epistolarum familiarium libri xvii de Lucio Marineo Sículo*, Alcalá de Henares.
- , 2002: «Las *Epistolae illustrium romanorum ex antiquorum annalibus excerptae*: un manual de epistolografía», en *Actas del X Congreso Español de Estudios Clásicos*, vol. III, Madrid, pp. 339-346.
- KLECHA, G., 1989: *Albrecht von Eyb, Spiegel der Sitten*, Berlín.
- LIDA DE MALKIEL, M^a. R., 1956: «Reseña de Johannes de Vallata, *Polidorus. Comedia humanística desconocida*. De José María Casas Homs, Madrid: CSIC, 1953», *NRFH* 10, p. 423.
- , 1962: *La originalidad artística de La Celestina*, México.
- MANN, C. N. J., 1971: «Petrarch and the Transmission of Classical Elements», en R. R. Bolgar, ed., *Classical Influences on European Culture A. D. 500-1500: Proceedings of an International Conference Held at King's College, Cambridge, April 1969*, Cambridge.
- MONFASANI, J., 1988: «Humanism and Rhetoric», en A. Rabil, Jr., ed., *Renaissance Humanism. Foundations, Forms and Legacy*, vol. 3, Filadelfia, pp. 171-235.
- MOSS, A., 1996: *Printed Commonplace-Books and the Structuring of Renaissance Thought*, Oxford.

- MURPHY, J. J., 1999, ed.: *La elocuencia en el Renacimiento. Estudios sobre teoría y práctica de la retórica renacentista*, Madrid.
- ROVIRA, J. C., 1990: *Humanistas y poetas en la corte napolitana de Alfonso el Magnánimo*, Alicante, pp. 35-43.
- SÁNCHEZ CANTÓN, F. J., 1950: *Libros, tapices y cuadros que coleccionó Isabel la Católica*, Madrid.
- VALLE LERSUNDI, F. del, 1929: «Testamento de Fernando de Rojas, autor de *La Celestina*», *RFE* 16, pp. 366-388.
- WHINNOM, K., 1989: «Albrecht Von Eyb's 'Margarita poetica': What every *celestinista* should know», *Celestinesca* 13, pp. 45-47.
- WITT, R., 1982: «Medieval 'Ars Dictaminis' and the Beginnings of Humanism: a New Construction of the Problem», *Renaissance Quarterly* 35, pp. 1-35.